

YAWAR WEK'E

ALAIN LE BOUCHER MARTÍNEZ

Los indios llaman “*yawar mayu*” a esos ríos turbios, porque muestran con el sol un brillo en movimiento, semejante al de la sangre. También llaman “*yawar mayu*” al tiempo violento de las danzas guerreras, al momento en que los bailarines luchan.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, *Los ríos profundos*

I

El equipo directivo del programa *Sectas secretas* de la Televisión Pública de la Región de Murcia celebraba haber triplicado su récord de audiencia con su última emisión. No habían tenido tanto éxito desde que estaban a cargo de *Misterios del Argar*. El episodio de la última semana recordaba uno de los casos de histeria colectiva más trágicos de España, que había culminado con el asesinato de Thalía Mendoza.

Todo el país parecía haber olvidado aquel suceso que hace tres años encabezaba los telediarios. Con esta emisión, el municipio de Totana se conmocionaba recordando uno de los episodios más dolorosos y vergonzosos de su historia reciente.



II

Misterios del Argar había comenzado a tomar alcance desde que inició la retransmisión de unos documentales sobre el asentamiento argárico de La Almoloya, en el municipio de Pliego. Situado a poco menos de seis kilómetros al sur de la población, en la entrada nororiental de Sierra Espuña, el yacimiento de La Almoloya dio a conocer a cientos de miles de murcianos la forma de vida de la cultura argárica, una de las primeras sociedades de la Europa occidental marcada por un evidente sistema de clases.

Las claves del éxito de la temporada de La Almoloya fueron principalmente dos: las reconstrucciones de la vida en sociedad, en teoría fidedignas; y las explicaciones sencillas del desarrollo de la excavación, acompañadas de imágenes reales y dibujos esquemáticos, que hacían del programa un verdadero medio divulgativo.

Gracias al renombre recién ganado de este, varias empresas catalanas buscaron asociarse con *Misterios del Argar*. Comenzaron la financiación de un proyecto de excavación del yacimiento de un asentamiento argárico más extenso, nuclear e insólito que La Almoloya: La Bastida. Dicho trabajo ya estaba al cargo de un grupo de arqueólogos de la Universidad Autónoma de Barcelona, y dependía del sufragio de los fondos del Gobierno Regional de Murcia y del Ayuntamiento de Totana, uno de los municipios con más deuda pública de todo el país, incapaz de costear el mantenimiento de los restos materiales excavados. Los totaneros recibieron el renacer de este proyecto con los brazos abiertos. Apenas se habían exhumado las ruinas más cercanas a la gran muralla de piedra y muchos secretos restaban enterrados bajo la tierra colorada de la Sierra.

En la temporada de La Bastida, titulada *Las profundidades de la ciudad escondida*, la audiencia de *Misterios del Argar* se multiplicó, aún más cuando se empezó a retransmitir en *La 2*, el canal de Radiotelevisión Española. La causa de esto fue el descubrimiento y la subsiguiente prospección de unos túneles bajo la montaña que formaban parte del asentamiento. Mientras los exploraba, el equipo arqueológico del proyecto descubrió una gran cantidad de tumbas en cistas y urnas de cerámica, que hacían de estos una necrópolis, en el sentido literal y etimológico de la palabra. Por otro lado, apremiado por la falta de conclusiones científicas inmediatas, *Misterios del Argar* se desvirtuó de la causa divulgativa que había impulsado el programa a la fama, y se apegó a ciertas teorías sensacionalistas sacadas de la manga: que si la gran cantidad de muertos bajo la montaña eran sacrificios a un temible dios pagano, que si existía una utopía comunista viviendo bajo la sociedad estratificada que había erigido la ciudad de la superficie y muchas otras hipótesis carentes de rigor académico. En la emisión de la semana anterior, mostraban el descubrimiento de un altar con cerámicas de diseño incaico en la necrópolis subterránea de La Bastida: los cuatro vasos, queros, decorados con motivos geométricos y vegetales rodeando la forma de un cántaro

de cuello esbelto, cuerpo redondeado y base cónica, inconfundiblemente un aríbalo. «¿Acaso son los argáricos los ancestros de los Incas?», preguntaba la voz en *off* en el programa, con una imagen de las vasijas iluminadas con el *flash* de la cámara de un teléfono móvil en el fondo, «¿Acaso la expedición de Colón fue la segunda española en descubrir América?».

III

Lo que el equipo directivo de *Misterios del Argar* no esperaba fueron las consecuencias de la polémica causada por el episodio del altar incaico: una epidemia de histeria colectiva. Lo que empezó como una tesis amarillista con el objetivo calculado de enganchar a la audiencia desembocó en la creencia de que la civilización argárica era antecesora directa del imperio Inca y, por tanto, también lo era el pueblo totanero. Una gran parte de este abrazó la naciente "hipótesis protoincaica". Muchos alegaban que el origen mítico de Manco Cápac estaba en el río Guadalentín y no en el lago Titicaca, mientras que otros iban más allá y recurrían al clima soleado y árido del sudeste peninsular para justificar la adoración al Sol de los incas.

Entre los partidarios de la hipótesis, no tardó en aparecer el movimiento Tahuantinsuyo Totanero, que exigió la financiación de una larga lista de proyectos al Ayuntamiento de Totana (aún de los más endeudados del país): la emisión de una solicitud de hermanamiento con la ciudad del Cuzco, el bordado del Sol de Echenique junto a la Cruz de Santiago en la bandera de la localidad o la introducción de la alpaca al ecosistema de Sierra Espuña, entre otros. Con más urgencia buscaba la subvención de academias de quechua que dieran empleo a la minoría quechuparlante de las comunidades de origen boliviano y ecuatoriano de la localidad, las cuales no habían dejado de ir a misa todos los domingos al Santuario de Santa Eulalia de Mérida en la Sierra, mientras observaban con cautela que muchos otros totaneros peregrinaban hacia el Corazón de Jesús para adorar al Astro Rey, llevando sortijas, zarcillos y cadenas de oro.

A pesar del éxito del Tahuantinsuyo Totanero y de la hipótesis protoincaica, no faltaron sus detractores. Entre estos, había una minoría que se apoyaba en las incongruencias científicas de la teoría —decían que los estudios genéticos demostraban la ausencia de un vínculo entre el pueblo incaico y el argárico, y que, además, era imposible viajar a través del Atlántico con la tecnología de una civilización de la Edad del Bronce— y un grupo alentado por un fuerte sentimiento étnico-racial —decían que cómo iban a ser ellos unos 'panchitos' si sus abuelos eran franquistas—. Irónicamente, el número de totaneros que adoptó una posición crítica contra la hipótesis protoincaica fue aumentando gracias a la incipiente popularidad de los libros de historia precolombina en la biblioteca de la ciudad. El golpe de gracia al Tahuantinsuyo Totanero fue, sin embargo, la publicación de una carta al director en *La Opinión de Murcia* que apareció a los pocos días.

IV

Estimado señor director:

Vista la ligereza con la que los medios de comunicación se dedican a propagar la desinformación y las consecuencias de estas acciones, yo, en representación de la Asociación de Amigos del Yacimiento Arqueológico de La Bastida, me veo obligada a esclarecer la situación y a dismantelar la llamada "hipótesis protoincaica" que circula en torno al hallazgo de unas presuntas cerámicas incaicas en La Bastida, yacimiento argárico ubicado en el municipio de Totana.

Como parte del equipo arqueológico que excavó esos artilugios, puedo confirmar que su tipología se corresponde con la de los queros y aríbalos incaicos, aunque, a pesar de la sorpresa de muchos, podemos afirmar con certeza y sin emplear ningún método de datación que no tienen más de 150 años de antigüedad.

La Bastida, también llamada "La ciudad escondida" o "La Troya de Occidente", fue descubierta a ojos del mundo moderno en el año 1869 por Rogelio de Inchaurrendieta, ingeniero de caminos granadino que vivió en Totana después de casarse con una mujer local. En su diario de excavación, Inchaurrendieta cuenta que una mañana del mes de mayo, a pocos kilómetros de su residencia, se encontró con un pastor comiendo queso, que lo quiso invitar. No obstante, lo que le llamó la atención fue el cuchillo de cobre que usaba para cortar el queso, por el que le preguntó. El pastor le dijo que se lo había encontrado por el Cerro de la Embestida, y que había más. Inchaurrendieta, que tenía afición por la arqueología, intuía algo extraño, y a la mañana siguiente contrató, con un sueldo proporcionado por la Escuela de Ingenieros de Caminos (Madrid), a dieciocho jornaleros para realizar una excavación que duró tres días. Así apareció La Bastida.

Inchaurrendieta cuenta también en su diario que encontró, entre otros hallazgos, 22 tumbas, las cuales envió a Madrid, si bien su paradero actual es desconocido. Aunque la situación política de España causó que sus investigaciones no vieran la luz (recordamos que un año antes la reina Isabel II había sido expulsada en la Revolución de la Gloriosa), presentó las mismas en el Congreso Internacional Prehistórico en Copenhague (1869).

Las notas de Inchaurrendieta, publicadas en 1870 y 1875, fueron recogidas por el arqueólogo francés Émile Cartailhac en su libro *Les Âges Préhistoriques. L'Espagne et du Portugal* (1886) bajo el título «Cimetière de Totana»: el cementerio de Totana. Gracias a la publicación de Cartailhac, los hermanos Henri y Louis Siret, de origen belga, conocieron ese mismo año el proyecto de Inchaurrendieta. Se encontraban en el sudeste peninsular excavando el yacimiento de El Argar, en la provincia de Almería, cuando decidieron retomar el

trabajo de Inchaurreandieta por donde el granadino lo había dejado. Hallaron 13 nuevas sepulturas y múltiples artefactos, que acabaron en los Museos Reales de Arte e Historia (Bruselas), en el Museo de la Universidad de Gante y en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid), donde también se conservan las notas escritas por los hermanos Siret. Estas incluyen dibujos a lápiz de los diseños de las cerámicas argáricas: simples y sin adornos.

Unos años tras las excavaciones de los hermanos Siret, una dupla de hombres naturales de Totana, formada por Bernardo Marín Díaz, "El Rosao" y Francisco Serrano Cutillas, "El Corro", emprendieron un ardid para ganar una fortuna. En la villa de Totana, renombrada por su tradición alfarera, no escaseaban artesanos capaces de producir en masa unas cerámicas de tipología tan sencilla como las halladas en La Bastida. Marín y Serrano se lucraron de la calidad de la industria cerámica de la región para obtener réplicas baratas de las vasijas argáricas de La Bastida y del incipiente afán coleccionista de finales del siglo XIX para venderlas a un buen precio como si fueran auténticas. Con tal garantizar el sello de autenticidad, enterraban las piezas en la arena de las playas de Mazarrón durante unas semanas para que el salitre les diera aspecto de antigualla, y otras semanas más en excrementos de cabra para engañar también el olfato de los compradores. Finalmente, enterraban las falsificaciones en el yacimiento el día antes de la venta y las desenterraban delante de los interesados.

El plan de Marín y Serrano llegó a su fin, tal vez por ser demasiado ambicioso. El párroco que los había bautizado les regaló una revista de cerámicas antiguas cuando conoció su nueva pasión por la arqueología. Esta contenía imágenes de, además de piezas argáricas, vasijas de origen íbero, azteca, maya e inca. Al ser analfabetos, Marín y Serrano no supieron que las piezas que mostraba la revista pertenecieron a civilizaciones distintas y encargaron numerosas copias de los diseños a los maestros alfareros de Totana. Más adelante, diseñaron sus propias vasijas, con formas y motivos salidos de su imaginación. Así las élites cultas se dieron cuenta del engaño, a pesar de que ya era demasiado tarde: las falsificaciones de Marín y Serrano ya se habían infiltrado en varios museos y colecciones privadas de toda Europa.

Desde la Asociación de Amigos del Yacimiento Arqueológico de La Bastida queremos pedir disculpas por no habernos pronunciado antes y denunciar los bulos difundidos por el programa televisivo *Misterios del Argar* sobre el falso origen de la civilización incaica. Juan Cuadrado, antiguo director del Museo Arqueológico Provincial de Almería, ya destapó de cara al público la farsa de Marín y Serrano en una entrevista con el último en la década de 1920. Es algo que contamos en las visitas guiadas al yacimiento, no es información oculta. No hay necesidad de abusar de la credulidad de los telespectadores, sobre todo cuando desde la Asociación trabajamos para difundir información, proteger el patrimonio y sacar a la luz los secretos de La Bastida. Insistimos también en que Totana no es heredera de la cultura de La Bastida. Pretendemos conocer estas sociedades a través de la arqueología, pero tenemos que limitarnos a realizar reconstrucciones

superficiales. No entendemos los valores de los argáricos. Nosotros no enterramos a los muertos debajo de nuestras casas.

Carmen Escolá

Arqueóloga

V

La carta al director de Escolá fue publicada a pesar de que el número de caracteres que contenía superaba el establecido por la normativa del periódico. Fue, así, la única que salió en el número de aquella semana, ya que fue juzgada como una información de difusión urgente e interesante. El Tahuantinsuyo Totanero había perdido un gran número de partidarios, hasta el punto de que los habitantes de Totana lo pensaban erradicado. La visión de los arqueólogos se tornó centrada y esperanzada, buscando retomar las excavaciones y ofrecer una sana perspectiva científica de lo que albergaba La Bastida. Los totaneros de procedencia sudamericana suspiraron aliviados cuando vieron a sus vecinos oriundos de la villa sentados junto a ellos en los bancos del santuario de La Santa, mientras que los nostálgicos del Imperio celebraban al grito de «¡Hernán Cortés puso al inca a sus pies!». A pesar de esto último, el diagnóstico del pueblo como organismo era prometedor: hubiera parecido estar sanando de su psicosis.

El electrocardiograma de la temporada de *Misterios del Argar*, sin embargo, mostraba una recta horizontal constante. La publicación de Escolá supuso la desconfianza de la audiencia, que acusó a los responsables de manipuladores y mentirosos, pues motivos no le sobraban. El equipo directivo se había reunido para llevar a cabo una operación de desfibrilación para devolver la vida al programa. Milagrosamente, tuvieron éxito. Pedir disculpas, indemnizar al Ayuntamiento de Totana y firmar una cláusula de veracidad, con la que se comprometían a que la producción de las consiguientes emisiones fuera supervisada por personal científico, fue suficiente para salvar *Misterios del Argar* y continuar desenterrando secretos en La Bastida.

Una nueva normalidad se cernía sobre Totana. Por eso, a los vecinos del pueblo les tomó por sorpresa la desaparición de Thalía Mendoza.

VI

La parte más observada y la más perturbadora de aquel episodio de *Sectas secretas* fue, sin duda, la confesión de Germán Jiménez Díaz, uno de los implicados en el asesinato de Thalía Mendoza. Jiménez Díaz contaba que, tras la pérdida de adeptos del Tahuantinsuyo Totanero y su consiguiente disolución, unos pocos se mantuvieron fieles a la hipótesis protoincaica y se siguieron reuniendo bajo el amparo de una asociación que llamaron La Nueva Voluntad del Sol. Aunque

Jiménez Díaz jamás se refiriera a esta como tal, había sido valorada por los expertos del programa como una especie de secta o logia.

La Nueva Voluntad del Sol levantaba asamblea en secreto en una casa rural abandonada a pocos cientos de metros del trasvase Tajo-Segura. La naturaleza de la asociación contrastaba con el carácter público de Tahuantinsuyo Totanero: se había vuelto algo oscuro y hermético. Jiménez Díaz asegura que todos los miembros usaban pseudónimos en quechua —el suyo era *akatank'a*, araña— y llevaban en las reuniones máscaras talladas en madera, que algunos embadurnaban en arcilla y decoraban con plumas de aves locales. El único que iba con el rostro descubierto era un sujeto que se identificaba como el *Huillac Umu*. Jiménez Díaz lo describe como un hombre de mediana edad, completamente lampiño, cuyo ojo izquierdo estaba cubierto por una fina película translúcida que se desprendía de este, como la crisálida vacía de una polilla, a través del cual el dios Pachacámac compartía sus visiones. Era un sujeto que conocía mucho sobre los incas y sus rituales, alegaba el implicado, pero nadie sabía de dónde había salido. Algunos decían que era un Inca vivo, que era descendiente de algún vástago que tuvo Manco Cápac antes de que viajara a América, y que lo había dejado en La Bastida para que gobernara los dominios europeos. Otros, que era un avatar del Sol, que había descendido para amparar al pueblo totanero tras escuchar sus plegarias. A pesar del misterio que envolvía al *Huillac Umu*, Jiménez Díaz recalca que todos sus copartidarios creían en él: era el faro que guiaba a los vecinos de Totana ante la incertidumbre.

Un día, el *Huillac Umu* organizó una asamblea para hablar del *yawar mayu*. Significa «río de sangre» en quechua, explicaba Jiménez Díaz, y es el nombre que tenía un ritual incaico cuyo fin era invocar la lluvia para llenar las cuencas de los ríos en tiempos de sequía, como el que estaba atravesando la Región de Murcia: que podían salvar la región, que podían demostrar su legado incaico, que solamente necesitaban entregarle una *aclla* al Sol como sacrificio, y este, desde su mandato divino, les concedería la lluvia. Que una *aclla* era una virgen del Sol, una joven de gran belleza escogida por el Astro Rey, y que por eso eligió a Thalía, cuyos ojos de castaño ensombrecido refulgían como ámbar dorado bajo la luz.

VII

Thalía Mendoza, de doce años de edad, era la hija mayor de un matrimonio joven de origen ecuatoriano que trabajaba en un almacén de fruta con Jiménez Díaz. Era una niña integrada en la escuela. Iba a sexto de primaria, tenía buenos amigos y buenas calificaciones. Jiménez Díaz estaba de baja laboral debido a una fractura de muñeca (que el *Huillac Umu* había provocado con su consentimiento, declaró) y se ofreció para recoger a Thalía a la salida de la escuela. Sus padres accedieron porque querían hacer doble turno en el almacén. Jiménez Díaz parecía un muchacho trabajador y responsable y siempre estaba dispuesto a echar una mano. Confiaban en él.

Jiménez Díaz esperó a Thalía. Cuando se encontraron, existió recelo en la niña, a pesar de que sus padres ya le habían avisado de que un amigo iba a pasar a recogerla para llevarla a casa. La subió a su coche y condujo por la calle de San Antonio hacia la casa abandonada del trasvase. Thalía no tardó en darse cuenta de que iban en dirección contraria y empezó a hacer muchas preguntas: que a dónde iban, que dónde estaban sus padres, que si iban a tardar mucho en llegar. Jiménez Díaz no recuerda sus respuestas. Estaba nervioso. Antes de salir del pueblo, en la placeta de enfrente del bar La Cruz, se cruzaron con la abuela de Thalía. La niña le hacía señas a través de la ventanilla, pero la abuela no los veía. Le pidió parar a Jiménez Díaz para saludarla. Él siguió conduciendo hacia el trasvase.

La pequeña, entonces, comenzó a revolverse, a gritar y a llorar. Jiménez Díaz intentó calmarla, decía que no le iban a hacer nada, que pronto iban a llegar. Thalía sabía que mentía. Empezó a gritar y a amenazarla, que si no se callaba no volvería a ver a sus padres. Ya no oyó más gritos, solo los sollozos de la pequeña. Cuando la miraba a través del espejo retrovisor interior, vio que las lágrimas de Thalía parecían hilos de sangre que caían sobre sus mejillas.

VIII

Cuando Jiménez Díaz llegó a la casa rural, sobre las cuatro menos cuarto de la tarde, se reunió con el *Huillac Umu*. Un trapo empapado de cloroformo había puesto a dormir a Thalía, quien había permanecido en aquel lugar hasta las ocho y media del mismo día, hora a la que una veintena de personas enmascaradas salieron y, cargando a la niña, se dirigieron hacia la rambla de Lébor. Guiados por el misterioso *Huillac Umu*, no tenían miedo de ser vistos, pues atravesaron los sotobosques de la Sierra hasta llegar a un túnel soterrado en el cauce de la rambla.

Este pasadizo excavado, que nadie, ni siquiera el propio Jiménez Díaz conocía antes a los sucesos, fue explorado en detalle por la policía científica. Medía unos cuatro kilómetros de longitud y conectaba directamente con muchos otros túneles, formando una compleja y vastísima red de galerías, a lo largo de la cual se habían hallado efigies funerarias, tanto en cista como en urna. La expedición del cuerpo policial determinó que el Cerro de la Bastida era el punto neurálgico de este sistema de rutas, el cual se configuraba en la forma de un nido de hormigas. Los investigadores aseguran que, conforme iban adentrándose en la ruta subterránea, fueron notando un olor húmedo, como a musgo, que se iba haciendo cada vez más intenso.

La partida de Jiménez Díaz fue la primera en rondar el túnel en muchísimos años. Describió la sensación de fatiga que el grupo iba experimentando, creciendo paulatinamente mientras avanzaban por la gruta, como si las manos de los muertos estuvieran sujetando sus tobillos. Les costaba cargar con los enseres necesarios para el ritual. Era el poder del lugar, decía: una sensación aplastante que dejaba sus tímpanos al borde de reventar. El olor a humedad —a sapo muerto,

añadió el interrogado— adormecía sus sentidos. El *Huillac Umu*, sin embargo, conocía el camino como si lo hubiese diseñado. Jamás les había hablado de esos túneles por los que avanzaba con paso marcial, conduciendo al resto. En algún momento, aunque fuera por unos segundos, le pareció ver un sol dorado que resplandecía en el celaje de la cueva y que ensombrecía las linternas. A mitad del camino, su compañero, el que cargaba con la *aclla* -como él la llamaba- había desfallecido. Fue Jiménez Díaz el que la cargó a sus espaldas, entonces, y sentía que su liviano cuerpo se hacía de oro pesado. No sabe qué le pasó al que perdió el conocimiento: supone que otro acompañante lo había arrastrado hasta el final del túnel.

La voz que lo interrogaba le preguntó que por qué llevaron a Thalía a los túneles de La Bastida. La respuesta que dio el habla quebrada de Jiménez Díaz causó el sobrecogimiento de los telespectadores: allí descansaban los huesos del Inca. Añadió que, en ese momento, tenía la sensación de que un diluvio asolador se iba a desprender de la centella dorada de la gruta si la *aclla* no acababa siendo de su agrado.

IX

En su última temporada, *Misterios del Argar* retransmitía una entrevista a Ariel Palomares en la que hacía públicos los testimonios de Ricardo García Molinar, su bisabuelo, un militante republicano que se había ocultado del régimen franquista en la necrópolis subterránea de La Bastida desde 1939 hasta 1974. Palomares partía de las anotaciones de su abuela, Hilaria García Cantón. Esta había recogido las vivencias de su padre en unos pocos cuadernos que acabó por desempolvar a petición de su nieto.

García Molinar, según contaba Palomares, había pasado treinta y cinco años bajo tierra, rodeado de muertos de más de cuatro mil años de antigüedad, y tuvo el privilegio de ser el único testigo de nuestra época de los restos que albergaban los túneles de la parte superior del cerro, los cuales fueron parcialmente destruidos por los aterrazamientos producidos en el marco de los proyectos de reforestación del ICONA en la década de los setenta.

Las vivencias del maqui rayaban lo insólito. En las profundidades de los túneles funerarios del yacimiento halló una sala amplísima, como la nave de una iglesia, que, de acuerdo con las notas de García Cantón, albergaba una serie de pinturas murales de lo más variopintas: un verdadero *Jardín de las delicias* rupestre. Lo bautizó "La catedral del diablo".

En esta sala, García Molinar encontró unos restos humanos que, a diferencia de todos los hallados en el yacimiento, no habían sido inhumados ni colocados en la posición fetal habitual en los ritos funerarios argáricos: un muerto sin sepultura que, aseguran las anotaciones, era un santo o un cura del diablo; que no le dejaba morir, aunque no tuviera fuerzas. La descripción que se recoge es

la de los restos antiguos de una mujer o un niño que sujetaba en su mano derecha el esqueleto intacto de un lagarto.

Debido a los daños causados por los aterrazamientos anteriormente mencionados, a día de hoy no ha sido posible hallar pruebas materiales de la existencia de "La catedral del diablo" ni exhumar los misteriosos restos de los que habla García Cantón en las memorias de su padre. El único que de veras sabía los secretos que ocultaban esos túneles, insistía Palomares, había sido -que en paz descanse- Ricardo García Molinar.

X

—Cuando llegamos al altar —comentaba la voz de Jiménez Díaz mientras en la pantalla se iban sucediendo imágenes de estampas extraídas de distintas crónicas de los tiempos de la conquista—, el *Huillac Umu* nos ordenó desvestir a la *aclla* y preparar todo. Amarramos los leños pintados al muro y, a estos, las muñecas de la niña. Quedó con el cuerpo colgando y con los brazos abiertos. Sus pies no tocaban el suelo. Su cuello estaba echado hacia delante. Su cabello negro cubría su rostro. Trajeron las jumas y los leños, y los dispusieron bajo el cuerpo de la *aclla*. Los rociaron con gasolina y, con un misto, encendieron la hoguera. Apagamos, entonces, las linternas. El sol de La Bastida brilló con más fuerza que nunca.

—Cuando la chiquilla despertó no tenía fuerzas para tratar de zafarse. Así era el *yawar mayu*. Nos dijo que no temiéramos. La *aclla* iba a irse con el Inca, todos lo creíamos. ¡*Yawar mayu, yawar mayu!*, clamaba el *Huillac Umu*. El fulgor incandescente de la lumbre centelleaba en sus greñas oscuras. Sus resuellos de animal reverberaban en los túneles. ¡*Yawar mayu, yawar mayu!*, coreábamos todos. Sentíamos que hacíamos algo hermoso, algo bueno. Las llamas bailaban en el ojo ciego del *Huillac Umu* y en las lágrimas que bajaban por las mejillas de la *aclla*. Esas lágrimas, que al caer sobre la fogata emitían un silbido humeante. ¡*Yawar wek'e!*, vociferó, y la señaló con su huesudo dedo índice.

—Sujetaron su cabeza y la echaron hacia atrás. Despejaron las greñas de su rostro. Vimos las lágrimas nacer en el manantial dorado de sus ojos, caer por sus mejillas, por su cuello. Seguían el cauce de sus venas y confluyeron bajo sus pechos y se bifurcaron en sus caderas, y continuaban cayendo, rodeando sus piernas y sus corvas hasta desembocar en los dedos de sus pies. Esta riada de lágrimas se movía con los reflejos del fuego y, sobre el cuerpo ensombrecido, eran chorros de magma que fluían sobre un volcán despierto. *Yawar wek'e* quiere decir «lágrimas de sangre», y tal vez algo más que no entendimos. Trajeron los queros. El *Huillac Umu* tomó uno y lo colocó bajo los pies de la *aclla*. Las lágrimas, tras discurrir por todo el cuerpo, caían en la vasija. Poco a poco la llenaban. Era un elixir de dolor puro. ¡*Yawar wek'e!*, y las llamas se avivaron: le mordían los pies a Thalía para exprimir sus lágrimas. Sus resuellos eran un seísmo. ¡La *aclla* era poderosa! ¡Y cómo bailaban las llamas en las paredes de grauvaca, en la voluntad del Inca!

¡No murió la mártir hasta que llenamos cuatro vasos! ¿Y la lluvia? ¡La lluvia nunca vino!

Hacia el final de este testimonio, la dirección de arte del programa decidió de forma astuta prescindir de los dibujos de las crónicas de Indias. En su lugar, cientos de miles de espectadores presenciaron la imagen de Santa Eulalia de Mérida, patrona de Totana.

XI

El cierre del programa sucedió las declaraciones de Jiménez Díaz: de los veinte implicados en el asesinato de Thalía Mendoza, él fue el único identificado. El propio implicado se entregó sin ninguna resistencia: desde el principio sabía que iba a ser descubierto. Por otro lado, no se logró encontrar a ningún sujeto cuyas características se correspondiesen con los particulares rasgos del *Huillac Umu*. Jiménez Díaz compareció ante los juzgados y fue castigado con prisión permanente revisable. La Asociación de Amigos del Yacimiento Arqueológico de La Bastida se pronunció: los miembros del grupo se disculparon por no haber detenido la difusión de información falsa a tiempo y aprovecharon para recordar las catastróficas consecuencias de la documentación indebida.

La entrevista a los padres de Thalía Mendoza fue incluida al final del programa. Quedaron desolados al recibir la noticia y el paso del tiempo no había sido capaz de recomponer nada en esa casa.

—No se me ocurre cómo han sido capaces de hacer algo así —añadía la madre de la víctima, con voz desgarradora—. Seguro que los incas también lloraban cuando perdían a sus hijas, ¿verdad?

La sección concluía con la voz de la presentadora agregando que, por supuesto, La Nueva Voluntad del Sol se disolvió tras la sentencia que condenaba a uno de sus miembros, aunque nadie sabe si el resto estarán paseando desenmascarados por las calles de la ciudad alfarera.

Así, el último episodio de *Sectas secretas* recordó a los vecinos de Totana aquello que habían interiorizado: que aún después de tres años, cuando alzan la mirada hacia el Alto de la Manilla a la hora del ocaso, ven un reguero de luz escarlata desprendiéndose del Sol y fluyendo por la tierra colorada de la Sierra de Tercia hasta las ramblas que rodean el Cerro de La Bastida.